

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año VIII

Mahón 18 de Agosto de 1932

Núm. 486

LA VOZ Y LOS RUIDOS

—Hoy estoy muy contento. Me han dicho que tengo una voz estupenda... ¿Y sabe usted cómo me han descubierto estas condiciones formidables de cantante?

—¡Si no me lo dices tú...!

—A ello voy. Pues se enteraron mis compañeros del colegio, porque me oyeron imitar la voz de los animales y se maravillaron.

—¿Imitas tú la voz de todos los animales?

—No me dejo uno solo por imitar.

—¿Pues sabes lo que te digo? ¡Que eres realmente un prodigio!

—No sabe usted lo que me alegra que me lo reconozca usted... ¡Ya era hora!

—Eres un prodigio porque llegas a imitar incluso lo que no existe... ¡Y ya ves que eso es imposible!

—¡Me parece que acabará usted diciéndome algo desagradable!

—Chaumete: ¿Qué dirías si yo te asegurase que existen infinidad de animales que carecen de pulmones y de laringe, siendo por lo tanto imposible que el ruido que producen pueda llamarse voz?

—Pues le diría que... ¡con usted no acierto ni una sola vez! ¡Que me apaga usted toas las alegrías, lo mismo que apaga mi abuelo un candil; con un solo!

—No te pongas nervioso, y procura recordar siempre que únicamente las aves y los mamíferos pueden emitir un ruido que llamaremos voz, por su semejanza con la voz humana. También algunos reptiles tienen la facultad de emitir un grito, un silbido, o un castañeteo; pero en su mayoría son tan mudos como los pescados.

—¿Qué son mudos como los pescados? ¿Pues de dónde sale el ruido que hacen?

—Ese ruido lo produce la expulsión del aire momentáneamente aprisionado en la boca y en el esófago. Lo mismo sucede con el ruido que dejan oír algunos moluscos al contraerse, o los crustáceos al agitarse. Incluso los insectos también dejan percibir sonidos particulares, pero obedecen a órganos especiales y nunca se les puede dar el nombre de voz.

—¿Y qué me dice usted del canto de las cigarras? ¡Esas sí que cantan y las ha oído todo el mundo! ¡Menuda voz tienen!

—No lo creas tampoco. Las cigarras machos, tienen debajo del abdomen dos especies de tímpanos sobre los que choca una membrana que ciertos músculos pone en vibración, y eso es todo.

También tienen los grillos la facultad de dar un grito conocidísimo, chocando sus alas, o mejor aún frotándolas vivamente.

Las langostas se hacen oír frotando contra sus alas superiores la orilla interna de sus muslos, dentada, como si fuera una lima.

En fin; no pierdas de vista, Chaumete, que el zumbido que casi todos

los insectos dejan oír cuando vuelan, es producido por la agitación de sus alas, aparte de que el aire que contienen en la base de su abdomen, es el que más contribuye por su vibración a dar al ruido intensidad, como el aire contenido en la caja de un violón...

—¿Es indirecta eso del violón, señor Nieto?

—De ninguna manera. Tampoco adivino a qué puedes referirte.

—Muy sencillo: Mi abuelo suele decir cuando uno está en Babia, o sale por peteneras, que está tocando el violón... Y así yo he llegado a pensar—con perdón de los músicos que han hecho un arte de tocar ese instrumento—que tocar el violón—¡sin saber música se entiende!—y hacer el ridículo, vienen a ser una misma cosa...

—¡Vaya con Chaumete! Eres mucho más de cuidado de lo que yo pensaba.

—No lo crea usted... Aquí el único de cuidado... es usted. ¡Pero cuidado con enfadarse, que yo le quiero mucho, y estoy convencido de que aprovechando sus charlas, muchos chicos que no son Chaumetes, aprenderán por lo menos tanto como yo! ¡Que no voy a ser yo el único chico que ni sepa muchas cosas, ni sepa que no las sabe! ¿No le parece a usted?

EL NIETO DEL ABUELO

El retrato de una madre

Del antiguo reloj de la iglesia parroquial del pueblecito de X... sonaron las seis. ¡Las seis! ¡Qué hora tan deseada para los niños! ¡Qué bullicio tan extraordinario aquel día! Era la fecha del 30 de Junio, día de empezar las vacaciones, aquellas vacaciones tan anheladas de todos los niños. Por lo tanto, al sonar las seis, se abrieron las puertas del colegio y empezaron a salir multitud de pajarillos, alegres al momento de abrirles las puertas de la jaula.

¡Qué grupos tan alegres y animados! Unos comentaban lo divertidas que pasarán las vacaciones... Otros proyectaban largas excursiones para hacer en los hermosos meses de verano. Otros corrían y saltaban para dar ya principio al tiempo de libertad.

Mientras conversaban y jugaban animadamente, pasó por su lado un niño que hasta entonces se había quedado en la escuela. Al pasar junto a ellos, les dijo:

—Adiós, amigos míos. Hasta que Dios quiera.

—Feliz verano—le respondieron todos a coro.

Este era Pepe Luis, que se encaminaba hacia su casa, y había querido despedirse antes de sus compañeros. Al hallarse ya algunos pasos separados se volvió y dijo, mirándoles fijamente:

—Vosotros sí que sois felices.

Transcurrido ya algún rato, nos hallamos en casa de Pepe Luis. Es una humilde estancia. Al entrar no se ve ningún mueble, sólo hallaremos en el fondo de la casa una habitación con dos camas, una silla y un caballete de pintar, con su caja correspondiente y los pinceles. En una de las camas yace enferma una mujer que parece joven todavía. Esta mujer quiere incorporarse al oír rumor de pasos que se acercan... pero vuelve a quedarse quieto al darse cuenta de que aquellos pasos son de su hijo Pepe Luis. Este al entrar se detiene unos momentos, y sus ojos hermosos y negros se cubren de lágrimas.

—Madre—le dice—, ¿verdad que hoy estás peor?

—No, hijo no; no estoy peor; al contrario,

Duerme, hijo mío; duerme, que tampoco hoy puedes cenar.

—Oh, madre mía!, no importa mi cena, es lo que menos me preocupa. Otras cosas me interesan antes que mi comida.

—¡Qué bueno eres, hijo mío!... Pero... duerme, descansa que bastante te conviene.

—No, mamá; no podrías dormir; tú no estás bien, y tengo miedo de que mientras yo duerma... tú...; y diciendo eso rompió a llorar desconsoladamente.

La madre no podía consolarle por el exceso de tos que no tenía en aquellos momentos.

Pepe Luis comprendió que su llanto entristecía más a su madre, y revistiéndose de valor acercóse a ella y le dijo:

—Madre mía, ponte tranquila y serena, si yo no quiero dormir es porque... porque he jugado mucho y estoy muy agitado... Y cogiendo el caballete y los pinceles sentóse junto al lecho de su madre... Pero... no tenía ningún paisaje... no sabía qué pintar...

Era ya de noche, cogió una caja de cerillas y encendiendo una vela, la colocó con un platillo y un clavo en un lado de la pared. La madre ya se había dormido.

Transcurridos algunos momentos, el niño levantóse de nuevo y púsose junto al lecho de su madre, con sus utensilios de pintura.

Miró fijamente a su madre que dormía tranquila y empezó a trazar en el lienzo una habitación oscura, alumbrada sólo por una vela, y la figura de su madre dormida y enferma en la cama. Cuando estuvo acabado y perfeccionado era ya hora avanzada. Acercóse a su madre y la vio dormida. El se metió en la cama sin poderse aguantar de debilidad y tristeza. Si muere, pensó el niño, tendré siempre, siempre, su retrato y quedóse dormido en profundo sueño.

Ha! ha pasado ya aquella noche triste; el niño levantóse aquel día más animado que nunca. Besó a su madre y se encaminó hacia el pueblo a buscar un poco de alimento para la enferma, y a ver si encontraba alguna alma caritativa. A la mitad del camino encontró a un joven que vestía de negro, con una maleta grande en la mano.

—Señor, una gracia de caridad—le dijo el niño.

El joven paróse sorprendido por aquella dulce voz.

—¿Quién eres?—le preguntó—. ¿A dónde vives?

—Yo, en una casa muy humilde. Le pido caridad por mi madre que está enferma.

—Los ojos de aquel joven llenáronse de lágrimas, pero procuró disimular.

—¿Y tú trabajas?

—No, señor, voy a la escuela y me gusta mucho pintar.

—¿También tú pintas?—le preguntó el joven.

—Sí señor; ¿caso... es usted pintor?

—Sí, niño.

—¡Ah!, la Providencia le ha puesto en mi camino.

—Si quisiera usted comprarme algunos cuadros...

—¿Tienes de mucho valor?

—No, señor; de valor sólo tengo uno. Si usted quiere, mi casa no está lejos y podría verlo.

—Con mucho gusto, niño.

Llegaron a la casa, y el niño, sacando del caballete un lienzo recién pintado, le dijo:

—He aquí el cuadro de valor; he aquí el retrato de mi madre.

Los ojos de aquel joven llenáronse de nuevo de lágrimas. Recordaba los días pasados que también tenía madre. Murió... y nunca se le había ocurrido pintar un lienzo como aquél.

—¿Qué me contesta usted?—preguntó impaciente y triste Pepe Luis.

—Niño, ¿cómo te atreves a vender este cuadro? ¿No sabes tú el valor que tiene? Piensa que vendes a tu misma madre.

—Señor, si vendo su retrato es para salvar su vida.

—¡Qué niño tan bueno! Toma dinero, tanto como quieras, pues yo no haré nada de él. No engo madre. Sálvala tú, sálvala, ya que yo, con mi dinero no supe salvarla.

Y alejose pausadamente de aquel lugar, satisfecho de haber obrado bien, de haber podido salvar a una mujer, y pareciéndole que así su madre sonreía desde el cielo. ¡Cuánto entonces quedaba agradecido Pepe Luis, con la esperanza de salvar a su madre, y además con el tesoro de aquel hermoso lienzo!

JOAQUINA CABOT GARRIGÓ
Colegio RR. Carmelitas de la Caridad

LA MODA INFANTIL

Para los baños de sol y de mar

¿Qué duda cabe de que se considera como «de moda» dejar que el sol tueste la delicada piel de nuestros chiquitines?

Y si nos parece saludable que los chiquitines tomen el sol, que se bañen en el mar, que pasen la mayor parte del día al aire libre, etc., encontramos absurdo y cruel ese abandono que supone el hecho de ver sus carnecitas llagadas por los rayos solares.

Bien está que los bañemos en el mar y que, después, al salir a la playa, les dejemos sobre la arena casi desnudos o desnudos del todo (según su edad) secándose al sol. Pero es preciso, es indispensable que protejamos su piel con cremas apropiadas. En otro caso se les producirán verdaderas quemaduras, dolorosísimas y peligrosas, indudablemente nocivas para la salud, que a nada bueno conducen y que dicen muy poco en favor de la madre que, por pasividad censurable, no supo o no se molestó en evitarlas.

No vamos a hacer el reclamo de ningún artículo, de tantos como hay para estos fines. Lo único que pretendemos es llamar la atención de las mamás en evitación de esos sufrimientos que se originan a los pequeñines como consecuencia de los baños de sol.

En cualquier farmacia os prepararán sencillamente: Linimento oleocalcáreo y óxido de zinc, y aplicado sobre las quemaduras del sol proporciona inmediatamente, casi instantáneamente un consuelo delicioso y acaba por curar, en plazo brevísimo, la quemadura.

Más convenientemente preparado, con vaselina, puede usarse aplicándolo antes de someterse a los rayos solares y así evitaremos que éstos irriten nuestra piel.

Como veis, ni se trata de gastar mucho dinero ni de que tengáis grandes molestias para preservar a vuestros chiquitines, y aún vosotros mismos, de los efectos terribles del sol canicular.

Especialmente después del baño en el mar, mojada la piel por el agua salina, los efectos del sol son peligrosos en cuanto a quemaduras se refiere. Claro es que, por el contrario, es cuando más prontamente adquirimos el tono elegante, moreno, tan de moda.

Pero causa pena ver a los chiquitines con sus hombritos y espalditas quemados por no haber tomado sus mamás las precauciones naturales y obligadas.

¡Evitémosles ese suplicio en que pueden convertirse sus alegres juegos en las playas!

MARÍA-DOLORES

(De «Alpha»).

MÁXIMAS

Casi todos se reputan infelices cotejando su situación con otra mejor; si se acordasen de otra peor recibirían consuelo.

—El que aprecia su vida bien, puede no desperdiciar el tiempo, porque éste es el hilo con que la vida se teje.

—La pereza se parece a la herrumbre, que desgasta más que el trabajo.

—La llave que se usa está siempre limpia.

—Para ser buen padre basta con ser hombre; para ser buen hijo, es preciso ser hombre de bien.

LAS ORDENES Y SUS INTERPRETACIONES

Sapek, teniendo necesidad de un criado, inserta un anuncio en los periódicos, y al día siguiente se presenta en su casa un hombre de color... negro, del negro más negro posible.

—Seguramente, tú no has servido nunca, ¿verdad?—pregunta Sapek al mozo.

—Nunca, señor.

—Entonces, cuando yo te dé una orden, no vas a saber ejecutarla.

—¡Oh! Sí sabré.

—Tú dices que sí, pero no lo sabes. No basta para un buen criado escuchar idiotamente una orden. Es necesario saber ejecutarla, cómo... ¿Cómo diría yo?... Vamos, ejecutarla con todas sus consecuencias. Por ejemplo, si yo te digo: «Bambula, sirve el almuerzo», esto no significa solamente que vayas a la cocina a buscar los platos y llevarlos a la mesa. También quiere decir que tendrás que poner los cubiertos, los manteles, buscar el vino en la bodega, llevar las jarras de agua fresca, etcétera.

—Comprendido—exclama el negro.

Ocho días después Sapek cae enfermo y le ordena el negro:

—Ve a buscar al médico.

El negro parte y vuelve acompañado de varios señores serios y graves.

—¿Qué significa esta multitud?—exclama Sapek aterrado.—¿No te he dicho que buscases al médico?

—Sí, señor. Pero yo no he olvidado mi deber, como en el almuerzo. Y he avisado también al escribano, al cura, al empleado de pompas fúnebres, al marmolista y al sepulturero.

LOS CORRALES DE COMEDIAS

Sabido es que, cuando Fernando el Honesto pasó a ceñir en Zaragoza la corona de Aragón, se representó allí una comedia, original del marqués de Villena, a la que siguieron otras producciones dialogadas que los escritores citan como prólogo del Teatro clásico español.

Más reinando los Reyes Católicos, en las agonías del siglo XV, se nos ofrece el joven arcediano de Málaga, el poeta Juan del Encina, con razón estimado como el verdadero creador del Teatro Español. A presencia de los famosos Duques de Alba, del almirante de Castilla, del Príncipe don Juan y aún del mismo Rey don Fernando V, el sacerdote salmantino, el famoso Juan del Encina, hace representar, tomando parte en algunas de ellas, inspiradas élogos que distraen al selecto auditorio en las noches de Navidad, de Carnaval, o Carnestolendas y de Pascua de Resurrección.

Al contar con autores, era lógico no faltasen comediantes. El cronista Rodríguez Méndez de Soto afirma que, en 1492, había ya compañías de cómicos que hacían públicas habilidades, sustituyendo a las danzarinas, juglares, músicos y recitadores de oficio.

Poco después aparece ya la gigantesca figura de Lope de Rueda, que deja su oficio de batihoja, para entusiasmar a sus oyentes, representando sus farsas en cortijos y mesones, en salones y patios y finalmente en aquellos escenarios improvisados, que se llamaron corrales de comedias.

Toledo puede sentirse orgulloso de haber sido patria de los primeros comediantes, verdaderos bohemios de su siglo que, pasando fatigas, lluvias, calores, hambres y desaires, iban peregrinando por las tierras de Castilla, y más tarde por las de Andalucía, Levante y Norte de España. No en todas partes se les recibía bien. Algunos teólogos empezaron a dar dictámenes en contra de la nueva diversión y algunos políticos arrancaron de las manos del Rey pragmáticas de prohibición o de limitaciones imposibles de aceptar.

Más la afición en vez de ir decayendo con tantas trabas, fué aumentando los corrales de comedias y se vieron concurridísimos y los Reyes, como los cortesanos, alguna vez con demasiado interés, como sucedió en época del Rey Felipe IV, que hacía abrir secretos pasadizos que le llevasen al vestuario de la Calderona.

En Madrid las Cofradías de la Pasión y de la Soledad, en el deseo de hallar ingresos pecuniarios para los enfermos de sus Hospitales, dieron amparo a los Corrales de la Pachea y de la Cruz, y amenguaron los rigores de Comisarios, Corregidores y Alcaldes Mayores.

El Corral de la Pachea dió principio el 5 de mayo de 1668, a representaciones de que tenemos noticia, alquilándose por las Cofradías a Isabel Pácheo, que lo subarrendó a la Compañía de Alonso Velázquez.

Más, para evadir alquileres, las Cofradías edificaron corrales propios, uno en la calle de la Cruz, junto al Cerrillo, inaugurado en 1579, y en la del Príncipe, en 1580 a 1582, cesando entonces el corral de «Burguillos» y otros que en Madrid existían.

Dice un ilustre escritor que es difícil dar idea exacta de la pobreza de la escena en aquellas primeras representaciones. Las decoraciones, eran pedazos de tela mal pintada; los Dioses, aparecían a caballo en una viga sin cepillar; el sol era figurado por una docena de faroles de papel, con su luz de velas de sebo; y los truenos, se imitaban moviendo un costal lleno de piedras de tamaños diversos.

Pero fueron viniendo reformas; ya se usaban hasta carteles con la función, cuyo invento se debió a Cosme de Oviedo. Se compraron nuevas casas: se labraron camarines o palcos, se establecieron lunetas y bancos; se encerró a las mujeres en la famosa cazuela; el escenario era amplio; no faltaron las céebres celosías; el patio se empedró, y hasta los frailes tuvieron en el corral del Príncipe el célebre «balconcillo» que no disfrutaron muchos años por venir prohibiciones que consiguieron echarlo abajo.

Hay datos relativos a la inauguración del Corral del Príncipe y parece que era tanta la prisa que tenían los cómicos, que no esperaron a que estuviese del todo concluido.

Prueba de ello es la siguiente efeméride, que se cita en el libro «El Corral de la Pachea»:

«En 21 de Septiembre, día de San Mateo, año de 1583, representó Vázquez y Juan de Avila en el Teatro del Príncipe, que es el primer día que se representó en él, y hubo de tabladados, con la «representación», setenta Reales, porque aún no están hechas las gradas, ni ventanas ni corredor.»

La «representación» quería decir los diez Reales que los comediantes pagaban por el alquiler del Corral.

Eran curiosos los precios que en el corral se llevaban y merecen comparar con los que ahora se llevan.

Por la entrada se cobraba, en 1606, un cuarto para los Hospitales.

Por cada aposento, o palco, 12 maravedís.

Por cada celosía, igual cantidad.

Por el asiento de Banco, un real.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR

Cronista del Sindicato de Actores

La herradura, debajo del colchón, es un seguro de ventura y de felicidad perenne

Pero para producir este efecto, es necesario que sus agujeros sean nones siempre

La herradura es un símbolo de buena suerte, un amuleto contra el mal y sembrador a la vez de la buena ventura.

Tener en vuestra casa el «zapato» de caballería, es contar con un pararrayos que os cubra de las tempestades de la vida.

La posesión de la preciosa joya no es cosa fácil hoy. El progreso ha desterrado de las grandes ciudades la tracción de sangre y la mecánica absorbe todo el tráfico.

Así se explica el por qué las gentes del campo, los pobladores de pequeñas aldeas y pueblecitos, son mucho más afortunados que las de capital. Aquellas tienen a la mano, con un poco de paciencia, la joya preciosa. En cambio las de capital, ¡qué difícilmente pueden poseerla!

Hay personas que tienen la costumbre de colocar la herradura detrás de la puerta; otras bajo un cuadro y no faltan las que guardan una mayor fé para situarla debajo de una loseta.

Pero no hay un refugio más conveniente ni más apropiado. Este es el de la cama. Entre los hierros de la cama y el colchón, la herradura tiene su verdadero emplazamiento.

Sobre todo, las mujeres, guardan al «zapato» este, todos los honores. Saben que él les asegura la felicidad, la buena suerte. Y no olvidan nunca el beneficio que la joyita les puede proporcionar.

Pero existe un detalle importante, quizás basta para afirmar el valor de la herradura. No todas sirven para el fin. La buena suerte no la dan todas. Han de ser nones los agujeros. Si una distracción os hizo adquirirla con agujeros pares, la mala suerte os acompañará y un sin fin de desventuras os perseguirán.

Será verdad o será mentira, pero la herradura es una joyita que han dado en decir tras la buena estrella.

Un borracho y su amigo

Dos amigos, después de numerosas estaciones en todas las tabernas del barrio, vuelven a sus casas. Antes de beber han decidido, de común acuerdo, que el menos borracho acompañará al otro hasta la puerta de su casa.

El más sereno ha tomado a su camarada por un brazo, y después de un viaje lleno de eses, le conduce hasta su domicilio.

—He aquí tu casa—le dice.

—Haz el favor de meterme en la cama—suplica el otro.—Solo no llegaría nunca.

—¿En qué piso vives?

—En el bajo, afortunadamente. ¿Ves esa ventana que da a la calle? Pues es la de mi cuarto. Toma la llave.

El menos borracho abre la puerta, entra en la habitación de su amigo, acuesta al beodo y sale después de desear una buena noche a su camarada.

Cuando llega a la calle se queda pasmado al ver a su compañero tumbado en la acera, delante de la ventana de su cuarto.

—¡Caramba! ¿Por dónde ha salido éste?

LITERATURA PARA NIÑOS

EL PERRO

Aullaba el perro y ladraba, alarmado por el roce de las ramas y el correr de las liebres entre los matorrales.

Y su amo, fastidiado porque no le dejaba dormir, le tiró una piedra.

El perro calló, y se refugió en la casilla.

Poco después, vió que asaltaban la casa dos hombres de aspecto siniestro.

Si ladro,—pensó el perro,—mi amo me tirará otra piedra.

Guardó silencio, y los ladrones robaron todo cuanto hallaron a mano.

Al despertarse el amo, y ver que habían desvalijado su casa, dió grandes gritos, y furioso, propinó una paliza al mastín porque no dió la voz de alarma con sus ladridos.

Y el perro, derrengado por los golpes y aullando de dolor, pensaba en su caseta:

¿Cómo entender a los hombres? Anoche me tiraron una piedra porque ladraba. Hoy... me maltratan porque no ladré...

SALDO DE CHISTES MALOS

Levántate, perezoso—le decía una madre a su hijo—; el sol ha salido ya.

El chiquillo, restregándose los ojos:

—¿Y qué culpa tengo yo de que el sol salga antes de ser de día?

—Dí, mamá—exclama Manolito—; ¿No es verdad que soy muy obediente y que hago todo lo que tú quieres?

—Sí, hijo mío, sí.

—Pues bien, mamá; puesto que quiero todo lo que tú quieres, dí que quieres que vuelva a pedir postre.

Preguntó un maestro a cierto discípulo que pasaba por tonto:

—¿En qué se distingue cuando corre una liebre, si es macho o hembra?

—En que, si es macho, corre él, y si es hembra, corre ella.

Imp. de M. Sintés Rotger.-P. Pablo Iglesias, 17.-Mahón

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

—POR—

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(40)

¿Qué le dirá el Príncipe Romanieff de la hermosa mujer que tiene retrata da en su cuarto?...

¿Cuál será la novela de amor y de dolor que ha vivido el alma de Fernando Cortez?

Una curiosidad malsana me atormenta... Quisiera saber cómo ama ese hombre que, bajo un aspecto frío, tiene encendido un fuego de pasión en su corazón devorador y ardoroso... Desearía saber, cómo suenan las palabras de amores en esos labios nerviosos que temblan, que palidecen, cuando una ráfaga de emoción los agita, cuál es la expresión de esos ojos inquietos al nombrar a la amada, qué abismos insondables de ternura revelarán al mirar su imagen, al besar su retrato...

Hay aquí en la vida de este hombre

un secreto que duele, que punza, y quisiera yo leerlo en una hora solemne para darle un aliento de fé, de esperanza, de amor...

Yo no sé lo que dicen los ojos de la hermosa mujer, pero me causaron en el momento de rápida contemplación en que tuve el retrato en mis manos, una sensación de desconfianza.

¿Sufrir por ella Fenollar? ¿Es acaso esta mujer quien ha matado en él la alegría, la juventud, los sentimientos tiernos y delicados...?

Me prometo saberlo con el tiempo ahora que somos buenos amigos.

Fenollar 28 de Diciembre...

Pilar ha determinado dar un gran balle en honor de nuestro huésped el día de Año Nuevo, y ayer repartimos las invitaciones para nuestros buenos amigos de Pedrosa, La Ruda y Fenollar...

También han sido invitados los Marqueses de Armir que acudirán con sus cinco hijos; los Condes de la Llosa que están de temporada en su finca de El Algarrobal y los señores de Blázquez, personas muy distinguidas

que viven accidentalmente en el chalet de unos amigos de Madrid.

El Conde de Fenollar se ha empeñado que sea yo quien dirija el arreglo de los salones y las galerías, y me ha hecho presente lo provechosa que sería la colaboración artística de Ardieta.

—No es precisamente el doctor un hombre de sociedad—he objetado.—Creo que los consejos de usted y los del Príncipe me serían de bastante más utilidad, por la mucha costumbre que tienen ustedes de ver y el natural «chic» que uno y otro poseen.

—No le faltarán a usted nuestros consejos que le serán, efectivamente, muy provechosos; pero créame que Ardieta es un artista y debemos solicitar su concurso—me replicó tenaz.

Este interés en que Ardieta venga, en que Ardieta me ayude, me ha chocado mucho.

Diríase que trataba de aproximarnos, ignoro con qué fin, pues el doctor y yo somos amigos antiguos y sinceros. Este, por su parte, está taciturno y seríote a ratos y alegremente alborotador en otros; y no puede por menos que hacerme cavilar esta ostensible

desigualdad de carácter en un hombre tan equilibrado como él.

¿Será por ventura la neurastenia y se la habrá pegado Fernando Cortez?

Porque he observado que, a medida que el segundo prospera en la mejoría, empeora el primero...

Fenollar 31 Diciembre...

Los consejos de Fernando y del Príncipe han sido acertados y oportunos. El concurso de Manuel Ardieta eficazísimo, y la varita mágica del hada Alegría, como estos caballeros han dado en llamarme, tan prodigiosa que ha trocado en vergeles deslumbradores, de países de ensueño, las galerías sombrías y los salones austeros. Su ceño adusto, de vejez severa y desabrida, desaparece tras las plantas y las flores, los tapices de follaje sembrados de luz y las guirnalda de flores de almendro, suaves y rosadas en el crudo apogeo de la estación invernal, resplandeciente en este país de levante como la primavera del trópico...

Los caballeros han dado orden a sus criados de cepillar el frac, y el Hada Alegría tiene un bonito vestido

de gasas rosadas que adornará con rositas microscópicas de borneo artificial, con el cual espera estar o parecer muy linda.

Es un vestido joven, fresco, que no se concibe sino envolviendo un cuerpo en que la vida y la alegría vibren a la par... ¡Rosa, color de ilusiones!... ¡Quiero vestirme muchos años y rodeada por tus pliegues seducidos, quiero que un brazo fuerte, varonil, me arrastre entre ondas de armonía en el torbellino de un vals encantador!... Y entre el aroma de tus rosas emblemáticas, flores de amor, quiero soñar, quiero gozar, quiero ser amada...!

Fenollar 1 Enero...

Al entrar esta mañana en el salón de los Tapices, el Conde de Fenollar ha salido a mi encuentro; besándome las puntas de los dedos, ha dicho al Príncipe con mucha jovialidad.

—El Hada Alegría debe ser también de la partida.

He interrogado y ha contestado. Hay un pobre sér allá abajo, en una sombría calle de Fenollar, que sufre, que padece y que acaso llora cuando nadie le ve. Yo pensaba que hoy, pri-